

tado desde léjos á todo el universo, como su único remedio, ¿había de corromperle y pervertirle para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los reyes y los césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no había de comprender en su extension mas que un corto número de hombres odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la Religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿había de limitarse á formar la bárbara secta del impío Socino?

46. ¡Oh Dios! ¡Qué sábia y razonable parece la fe de vuestra Iglesia, cuando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! Y ¡qué consuelo es para los que creen en Jesucristo, y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia, cuando intenta abrirse nuevos caminos, y arruinar el único fundamento de la fe y de la esperanza de los cristianos!

47. Ved, católicos, como la doctrina de Jesucristo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno origen. Por eso, cuando hablan los Profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas: llenos de la inmensidad, de la omnipotencia y de la majestad del Ser supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano, para que corresponda á lo sublime de estas imágenes: este Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano; quien pesa los montes en su peso; quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades; quien como jugando sostiene el universo. Unos puros hombres ¿habían de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad del Ser supremo, y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle; y los mas elevados términos nunca lo son bastante para su admiracion y pasmo.

48. Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los Profetas: le llama Padre santo, Padre justo, Padre clemente, Pastor que corre tras la oveja descarriada, y con gran bondad la echa sobre sus hombros: Amigo que se deja vencer de las importunidades de su amigo: Padre de familias, alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un hijo que habla con un lenguaje doméstico; que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime, que le hace familiar la idea del Ser supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con

la majestad de su gloria; y finalmente, que no habla sino de lo que ve claramente, y de lo que él mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion: los hijos de los reyes hablan simplemente de los cetros y coronas; y solamente el Hijo eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

49. Supuesto, pues, católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesucristo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos, y amarle mas que temerle. Pero con todo eso nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos; nos mueven poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable para nosotros su ley tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiríamos, si sus transgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos; disputas para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador, no le conoceríamos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

50. Pero no confirma menos la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su nacimiento divino. No hablo aquí de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de razon, y de la mas sana filosofía; todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas perecederas, y amor á los bienes eternos: todo mantiene el buen orden y tranquilidad de los Estados: todo es grande, porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas. El sábio del Evangelio no se propone otra recompensa en su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres: es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fe, y el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina filosofía las mas heroicas acciones son nada, cuando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion como precipicio, las aliecciones como favores, la tierra como destierro,

y todo lo que pasa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿Qué hombre habló de este modo antes de Jesucristo? Y si sus discípulos, solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por dioses bajados á la tierra, ¿qué culto se podrá negar á su Autor, en cuyo nombre le anunciaban?

51. Pero dejemos estas reflexiones generales, y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependencia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él, y que en él busquemos nuestra felicidad, como en su Padre; que ordenemos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos, y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aun los pecados no se perdonan sino á los que le aman mucho; y el amor que se le tiene es toda la justificacion del justo y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿Merece acaso la criatura ser amada por sí misma? Cuanto hay grande y digno de amor, ¿no es don del que solo merece ser amado?

52. ¿Qué Profeta hasta Jesucristo vino á decir á los hombres: me amaréis; cuanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amaréis á vuestro Dios y Señor, dijo Moisés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo, sino lo que puede hacernos felices: ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra perfeccion: ninguna criatura merece por sí misma que la amemos, esto seria idolatría: cualquier hombre que se proponga á los demás hombres como objeto de su amor, es un impío y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Ser supremo: es un monstruo de soberbia y extravagancia, que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el único santuario que jamás cedió la Divinidad á los ídolos profanos. La doctrina de Jesucristo, esta doctrina tan divina, y tan admirada aun de los paganos, no seria mas que una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia y de locura, si, siendo él el Dios bendito en todos los siglos, no hubiese intimado á sus discípulos, en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y seria en él una ostentacion insensata en proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues extenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos soberbios filósofos que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

53. Pero aun mas; no solo quiere Jesucristo que se le ame, sino que pide á los hombres las señales del mas heróico y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los prójimos, que á los amigos, que á las riquezas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo entero y que á sí mismo: quiere que se padezca todo por él, que todo se desprecie por él, que por él se derrame hasta la última gota de sangre: el que no le tributa estos grandes respetos, no es digno de él; el que le compara con alguna criatura ó consigo mismo, le ultraja, le deshonra, y no debe aspirar á ninguna de sus promesas.

54. ¿Qué os parece, católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los ídolos, y aun como parece se contentaba el Dios verdadero: aun quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio por la gloria de su nombre; pero si es dueño de nuestra vida, ¿qué derecho tiene á pedírnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿Es por ventura ganarla el perderla por su amor? Si no fuera el autor de nuestro ser, ¿no seríamos sacrilegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura y á un simple enviado de Dios el grande sacrificio de nuestro ser, destinado solo á reconocer la soberanía y poder del eterno Artífice que nos sacó de la nada? Muera Jesucristo enhorabuena para glorificar á Dios; exhórtenos á que sigamos su ejemplo: muchos Profetas murieron antes que él por la causa del Señor y exhortaron á sus discípulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesucristo, si no es Dios, nos mande morir por él; que pida á los hombres esta última señal de amor; que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberíamos, ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos que se hubiesen dejado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿Seria posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus y prevalecer contra toda cuanta ciencia, doctrina y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvajes, que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discípulos de Jesucristo, que se han sacrificado por él? ¿No seria su religion una religion bárbara y sangrienta?

55. Si, católicos, las Lucías, las Ineses, las Águedas, aquellas primeras mártires de la fe y del pudor, se habian de haber sacrifi-

cado por un hombre mortal; y queriendo mas derramar su sangre que doblar la rodilla delante de los vanos ídolos, ¿no habrian hecho mas que huir de la idolatría para caer en otra mas reprehensible, muriendo por Jesucristo? Ignacio, aquel famoso mártir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser de Jesucristo, ¿habia de haber perdido todo el fruto de sus tormentos y merecido desde entonces ser despedazado por los leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? Los generosos confesores de la fe ¿no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insensatos? La tradicion de los Mártires ¿no habia de ser mas que una escena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los tiranos y perseguidores los defensores de la justicia, de la gloria, de la divinidad, y el Cristianismo una secta sacrílega y profana? ¿Habia de haberse engañado el género humano? Y la sangre de los Mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, ¿habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿Pueden los oídos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí misma para confundirla?

56. Estas son, católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesucristo; sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida; y en una palabra, cuanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su divinidad; esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo cuanto por él despreciamos, y darnos mas que dejamos dándonosnos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el apóstol san Juan, confiesa que Jesucristo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesucristo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

57. Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesucristo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de la muerte eterna; de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos; les abrió el cielo; les aseguró la posesion del reino de Dios y de los bienes eternos, y les trajo la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aun sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aun en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicán-

donos continuamente el precio de su sangre; forma pastores que nos instruyan; inspira profetas que nos enseñen; santifica á los justos para que nos animen con su ejemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias: no hay pasion en el hombre que no cure su gracia; no hay afliccion que no haga amable; no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Un hombre solo pudiera ser origen de tantas gracias para los demás hombres? El Dios soberano, tan celoso de su gloria, ¿pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan útil y tan necesario á los demás hombres llegase por último á ser su ídolo? que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de un Dios, llegase muy pronto á tomar lugar en nuestros corazones?

58. Porque advertid, católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos dioses; los hombres, olvidando al Autor de su ser y del universo, adoraron primero al aire que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al sol que los alumbraba, á la luna que presidia á la noche, estos eran su Cibeles, su Apolo, su Diana; adoraban á los conquistadores que los habian libertado de sus enemigos; á los príncipes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos é inmortalizado la memoria de su reinado. Júpiter y Hércules fueron colocados en el número de los dioses; el uno por sus muchas victorias, el otro por la felicidad y tranquilidad de su reinado. Los hombres, en los siglos de la supersticion y credulidad, no conocian mas dioses que aquellos que les hacian bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

59. Esto supuesto, católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesucristo? Acordaos de cuanto nos refieren los siglos paganos en la historia de sus dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los Libros santos que el mundo debe á Jesucristo: creian ser deudores, á unos de la serenidad del aire y de una feliz navegacion; á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas; á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos; y de la salud á su Esculapio. Pero ¿qué son estos cortos beneficios compa-

rados con los que Jesucristo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia y la verdad; hizo un mundo nuevo y una tierra nueva; llenó de bienes, no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos y á todo el mundo; y además de esto, por ser nuestro bienhechor, se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? Si el agradecimiento, pues, hizo los dioses, ¿podían faltar adoraciones á Jesucristo entre los hombres? ¿Sería conveniente el que le debiésemos tanto, si pudiera haber exceso en el amor y agradecimiento?

60. Aun mas, católicos: cuando murió hubiera advertido á sus discípulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios; que él solo había sido el instrumento y no el autor ni la raíz de todas estas gracias, y que así debían olvidarle y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acaba Jesucristo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discípulos le olviden y dejen de esperar en él despues de su muerte, sino que al mismo tiempo de dejarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado, y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

61. Á la verdad, las promesas que les hizo en este último momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les había concedido durante su vida: primeramente les promete el espíritu consolador, á quien llama espíritu de su Padre: este es el espíritu de verdad, á quien no puede resistir el mundo: el espíritu de fortaleza que había de formar los Mártires: el espíritu de inteligencia que había de alumbrar á los Profetas: el espíritu de sabiduría que había de conducir á los pastores: el espíritu de paz y caridad que de todos los fieles había de hacer no mas que un solo corazón y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesucristo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio, y prometerle á los hombres, si no es espíritu propio suyo? Ellas, subiendo al cielo, mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliseo su doblado espíritu de celo y de profecía, ¿cuánto mas léjos estaría de prometerle el espíritu eterno del Padre celestial, aquel espíritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso las promesas de Jesucristo se cumplieron; luego que subió al cielo, el espíritu de Dios se derramó sobre todos sus discípulos; los simples quedaron mas sábios y filósofos; los flacos mas fuertes que los tiranos; los insensatos segun el mundo, mas prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifes-

tábanse en la tierra nuevos hombres, animados de nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espíritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incrédulos, consolará á sus discípulos, los sostendrá entre las persecuciones y oprobios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazón de que son hijos de Dios y de que este augusto título les da derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

62. En segundo lugar, Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, católicos? se escandalizaron los judíos porque él mismo los perdonó, y porque parecía atribuirse un poder reservado á solo Dios; pero ¿cuál será el escándalo de todos los pueblos de la tierra, cuando lean en su Evangelio que dejó este poder á sus discípulos? Si no fuera Dios, ¿podrían la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? ¿Qué derecho tendria sobre las conciencias para atarlas ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder que ni aun él mismo podía ejercer sin blasfemia?

63. En tercer lugar, aun no basta esto; promete también á sus discípulos el don de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moisés á sus discípulos el don de los milagros con que le favoreció el Señor; conocia que esta virtud le era comunicada, y que el soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso cuando despues de su muerte mandó Josué al sol que se detuviese en medio de su carrera para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este astro que se detenga en el nombre de Moisés; no había recibido de él el poder de hacer detener á los astros, ni se encomienda á él cuando quiere usarle: pero los discípulos de Jesucristo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos, y dan piés á los cojos; y sin este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moisés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesucristo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reino.

64. ¿Qué he de decir, por último? Promete á sus discípulos la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los Césares, de los tiranos; y que su Evangelio será recibido en todo el mundo; ¿tiene

acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza, de la que hasta entonces no habia habido ejemplar en el universo? Acaso responderéis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os enga ais, porque si no fuera Dios, tampoco sería profeta: sus profecías serían sueños y quimeras. Sería un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro, desmintiendo los sucesos la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que est an sentados bajo la sombra de la muerte van á abrir los ojos   la luz, y no vería que ador ndole iban á caer en mas culpables tinieblas. Profetiza que su Padre será glorificado, y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no vería que los hombres iban á deshonorarle para siempre, igualando con él aquel Jesús que no debía ser mas que su enviado y su profeta; profetiza que serán derribados los ídolos, y no vería que él había de ser colocado en su lugar; profetiza que se formar  un pueblo santo de todas las lenguas y de todas las tribus, y no vería que solo vendría   formar un nuevo pueblo idólatra de todas las naciones, que le colocaran en el templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos; que todo lo harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él y para él, ni tener fuerza, movimiento ni virtud sino de él; en una palabra, que le adoraran, que le amar n de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los paganos adoraron   sus  dolos. Esto no sería ser profeta: aun sus parientes blasfeman, y le tienen por un frenético   insensato, que   los sueños de su espíritu enfurecido les da el peso y realidad de revelaciones y misterios: *Quoniam in furorem versus est* ¹.

65.   esto llega, católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que Nuestro Señor Jesucristo es Hijo de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la Religion es un sueño; apartad de la doctrina de los cristianos   Jesús, Dios y hombre, y apartar is todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad.   Qué celo no manifestaron, católicos, los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos impíos que desde entonces se atrevieron   hacer guerra   la gloria de la divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazón de la Religion; que era quitarles toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las pro-

¹ Marc. III, 21.

mesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la Religion se desvanecía en humo, sin ser mas que una doctrina humana, y una secta de un hombre mortal, que como otros jefes no hubiera dejado mas que su nombre.

66. Aun por eso, católicos, los mismos paganos reprendian   los cristianos de que tributaban honores divinos   Jesús. Un procónsul romano ¹, célebre por sus escritos, refiriendo al emperador Trajano sus costumbres y doctrina; despues de verse precisado   confesar que los cristianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el sol, no para empeñarse en cometer delitos, ni para turbar la tranquilidad del imperio, sino para vivir con piedad y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan himnos y cánticos en honra de su Cristo, y de que le tributan los mismos honores que   Dios. Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores divinos   Jesús; se hubieran justificado de esta calumnia; hubieran quitado este escándalo de su Religion, que era c si el único que alteraba el celo de los judíos y la sabiduría de los gentiles: hubieran dicho con claridad: nosotros no adoramos   Jesucristo, ni intentamos dar   la criatura los honores y culto que es debido   solo Dios. Con todo eso no se defienden contra esta acusacion. Sus apologistas refutan las demás calumnias con que querian los paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican; aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus apologías dirigidas al Senado se admiran hasta en Roma, y hacen callar   sus enemigos, y sobre la acusacion de idolatrar   Jesucristo, que sería la mas temible y horrorosa, sobre el cargo que se les hace de adorar   un crucificado, que era el mayor y mas capaz de desacreditarlos, y que tambien debía ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos   la idolatría, tan celosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio;   qué digo silencio? la autorizan cuando hablan de Jesucristo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confes ndola en presencia de los tiranos, espirando con alegría sobre los cadalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él, y de hallar en su seno una vida mas inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodilla   la estatua de los C sares, y aun antes que permitir que los ami-

¹ Plin. ep. I, v. 1.

gos que tenían entre los paganos, movidos de una humana compasión, y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los magistrados, que habian ofrecido incienso á los ídolos, ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesucristo, sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto, antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dar lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? Y si fuera error el creer que Jesucristo es igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido todo el universo.

67. Pero, ¿qué fruto puede sacarse de este discurso, católicos? El que Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos; y con todo eso apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fe y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligación mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcáis á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seáis del número de los participantes de su gloria. Amen.

ASUNTOS

PARA LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Lo que san Bernardo dijo del nacimiento de Jesucristo, puede decirse igualmente de su circuncision. Con efecto, este misterio, por cuanto nuestro Redentor recibió en él el nombre de Jesús, es digno de admiracion: *habemus quod miremur*; por cuanto en él derramó Jesús las primeras gotas de su preciosa sangre, es un misterio de amor: *quod amemus*; y por cuanto nuestro Salvador ejerció

en él muchas y singularísimas virtudes, es un ejemplo digno de imitacion: *quod imitemur*. — Mucho hay que admirar en el nombre que se impuso en este misterio al Hijo de Dios; pero particularmente debemos admirar su virtud y su fuerza, su suavidad y su dulzura, sus ventajas y su utilidad. — Jesucristo es digno de todo nuestro amor, porque derrama hoy su sangre por nosotros, y la derrama con presteza y liberalidad. — Entre las muchísimas virtudes cuyo ejemplo nos da Jesucristo en este misterio, descuellan principalmente su obediencia, que es la mas perfecta, su humildad, que es la mas profunda, y su paciencia, que es la mas inalterable.

II. El mismo san Bernardo, hablando del misterio que hoy se celebra, dice: *Nos circumcidi necesse est non littera, sed spiritu*. Para que seamos santos, como quiere el Apóstol, en el alma, en el corazon y en el cuerpo, es menester que nos circuncidemos, con una circuncision espiritual, en el alma, en el corazon, y en el cuerpo: es menester que quitemos del alma todos los pecados, del corazon todo afecto al pecado, y del cuerpo todos los muchos desórdenes que conducen al pecado. Quitando los pecados, se efectúa la circuncision del alma; quitando el afecto al pecado, se verifica la circuncision del corazon; quitando todos los desórdenes de la carne, se realiza la circuncision del cuerpo. La primera de estas circuncisiones se hace por medio de la penitencia, la segunda por medio de la meditacion, la tercera por medio de la mortificacion. De este modo llegaremos á ser perfectamente santos: *Deus pacis sanctificet vos per omnia, ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur* (I Thes. v, 23); *circumcisione non manufacta*. (Colos. ii, 11).

III. En el misterio de la circuncision el Hijo de Dios recibe el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, cuyo nombre adorable ofrece la ocasion de enseñar á los cristianos los sentimientos que debe inspirarles el pensamiento y la memoria de un Dios Salvador. Unos caen harto fácilmente en una tímida desconfianza con respecto á su salvacion; otros se entregan con excesiva ligereza á una temeraria presuncion. El espíritu de desconfianza y el espíritu de presuncion se combaten con el verdadero conocimiento de un Dios Salvador, porque, primero, los méritos y la gracia de un Dios Salvador animan toda nuestra confianza; y segundo, porque estos mismos méritos y esta misma gracia confunden toda nuestra presuncion. Este Dios Salvador, si queremos, será nuestra salvacion: *positus est in resurrectionem*: de tal modo se opone á nuestra desconfian-